El Brasil Como Proceso de Mestizaje y Transculturación

Por Manuel DIEGUEZ JUNIOR, Director del Centro de Investigaciones Sociales de Río de Janeiro, Brasil.— Colaboración Especial para el Homenaje rendido a la Revista Mexicana de Sociología en su Vigésimoquinto Aniversario, vertida del portugués por Oscar Uribe Villegas.

A cualquier observador, por menos curioso que sea, le es fácil encontrar en Brasil una diversidad en el paisaje humano que muestra algunas peculiaridades de nuestra formación étnica y social. Desde las marcas amerindias de población del extremo norte o del centro-oeste, hasta los cabellos rubios y los ojos claros de las poblaciones del sur, pasando por las características negroides del noroeste y de parte de Minas Gerais, para no hablar del variado colorido del paisaje paulista, podemos encontrarlo todo. Todo ello identifica diferentes etapas de la formación brasileña, sin prejuicio de la unidad esencial del brasileño de hoy.

No hay que ocultar la intensidad con que se desenvolvieron, en nuestros primeros siglos, las relaciones entre los tres grupos étnicos fundamentales en la formación brasileña: el portugués que vino como poblador, el indígena que se encontró en la tierra y el negro africano traído como esclavo. Se desprendió de ahí un conjunto de tipos de mestizo, en una variedad de grados de mestizaje, que corresponde a la mayor o menor influencia de uno de los elementos. El tipo físico no sirvió jamás de obstáculo para las relaciones entre lusitanos e indígenas, entre lusitanos y negros o aún entre lusitanos o mestizos o entre negros e indios. No surgió ningún obstáculo en contra de las relaciones raciales y, por

eso mismo, se volvió natural la aparición de un cuadro de matices físicos variados en la población brasileña.

El mulato y el mameluco se constituirán en los tipos principales de mestizos brasileños; oriundo, el uno, de las relaciones entre blanco y negro, y el otro, de las relaciones entre blanco e indio. Esta caracterización, sin embargo, no excluye la existencia de otros tipos, de acuerdo con una gradación realizada por los contactos entre los tipos originarios y los resultantes de los cruces primitivos, y entre los productos de esos cruzamientos secundarios. Como indicación, por lo menos preliminar, para el estudio de las relaciones étnicas en Brasil, podemos establecer los siguientes tipos en el cuadro antropológico brasileño:

Denominación	*Procedencia étnica*
Blanco	de blanco y blanco
Mulato	de blanco y negro
Mameluco	de blanco e indio
Crioulo	de negro y negro
Cafuso o curiboca	de negro e indio
Cabra	de negro y mulato
Caboclo	de indio e indio
Pardo	Descendiente de cruzamientos secundarios entre mulato y mulato, crioulo y crioulo, mulato y mameluco, etc., en el que se manifiesta una clara pigmentación morena o que tiende a oscura.

Al lado de esos tipos principales, más generalizados, podemos tener una gama muy variada de denominaciones regionales que indican, principalmente, las peculiaridades del proceso de mestización en cada una de las regiones del país. Así es como se encuentra una sinonimia o incluso una nueva serie de expresiones muy variadas: *tapuia,* como descendiente de blanco e indio, que en Amazonia es llamado *curiboca; caboré,* el mestizo de indio y negro; *cabo-verde,* el mismo mestizo en Bahía; *fula,* los mestizos de negros y mulatos en Bahía, Minas, Alagôas; *pardavascos,* en Goiás, Estados del Sur o *cabrochas* en otras regiones. Algunas expresiones más antiguas, desaparecieron completamente: el *banda-fôrra,* mestizo de blanco y negra esclava; el *salta-atrás,* hijo de mameluco y negro.

De modo que un cuadro del mestizaje humano, que no es raro sea variado, y en el que las relaciones se volvieron de lo más diferente, se extiende por Brasil. Estas relaciones variaron de acuerdo con las épocas

y con las regiones. En el primer caso, hubo períodos de mayor mestizaje entre blanco e indio; en otros, de blanco y negro; todavía en otros más, de negro e indio, y esto sin que deban olvidarse los cruzamientos secundarios, que fueron continuos y que no era raro que fuesen múltiples. En el segundo caso —en el de las regiones— también variaron los encuentros étnicos: en el extremo norte, como en el extremo sur, los blancos y los indios se amalgamaron más intesamente, lo cual, hacia los inicios de la época de la minería (siglo XVIII) se realizó también en el centro y, sobre todo, en el centro-este; en el litoral agrario, como en la fase de estabilización de la minería y, posteriormente, en la zona del café (siglo XIX), los cruzamientos entre blanco y negro fueron los preponderantes, sin olvidar que existieron brotes de este mestizaje en otras partes.

Este cuadro se altera a partir del siglo XIX, con las nuevas influencias procedentes de la introducción del inmigrante europeo no portugués. Fueron influencias traídas por el inmigrante alemán, o italiano, o aún polaco; sin olvidar otras étnias: las de rusos, sirios, libaneses y, en forma más moderna, las corrientes japonesas y holandesas. Una quiebra de los padrones considerados hasta entonces se realizó con esas nuevas influencias. Un nuevo elemento se introdujo en la diversificación étnica de Brasil que marcó principalmente una región del Río Grande do Sul, de Santa Catarina y Paraná y abarcó igualmente una gran parte de São Paulo.

El movimiento de inmigrantes en Brasil, iniciado en la primera mitad del siglo XIX, fue pequeño hasta 1850; ya entonces se comenzaba a hacer sentir la influencia de grupos extranjeros en la formación social de Brasil, no tanto por la presencia del inmigrante como, sobre todo, por la imitación o por el ejemplo. En esos mediados de siglo, los hábitos sociales, las costumbres y modas, las fiestas sociales, los banquetes y recepciones, las actividades recreativas, la enseñanza, la vida estudiantil en los colegios estaban marcados, en gran escala, por la influencia francesa, llegada sobre todo por la atracción intelectual, a través de la difusión de libros y autores franceses en Brasil, el uso de la lengua francesa, los viajes constantes de los brasileños a Europa y particularmente a Francia.

Fue a partir de 1870-80 cuando comenzaron a aumentar las corrientes inmigratorias, lo cual coincide también con la disminución del trabajo esclavo, frente a las medidas de liberación de los esclavos, de prohibición del tráfico y, finalmente, de la abolición completa (1888). El inmigrante fue atraído, al principio, en cuanto brazo capaz de substituir la mano de obra esclava en declinación. De ahí su encaminamiento, en São Paulo, hacia las áreas rurales, hacia haciendas de café cuya explora-

ción se encontraba por entonces en gran ascenso, hasta llegar a convertirse en el producto agrícola principal del país. Pero, ya entonces se desarrollaban colonias en áreas rurales en Río Grande do Sul, en Santa Catarina, en Paraná; los alemanes comenzaron a establecerse en Río Grande do Sul en 1824, e iniciaron su colonización en Santa Catarina en 1848; los italianos comienzan a aparecer en la colonización de Río Grande en 1875, época en la que se inician más o menos las colonias en Santa Catarina y Paraná. En Paraná, desde 1853, se venía realizando una experiencia con colonias de italianos, alemanes, polacos, rusos, que se presentan en número creciente desde entonces.

El movimiento de inmigración hasta 1888 —año de la abolición de la esclavitud— presentaba los siguientes datos, de acuerdo con las principales nacionalidades que habían entrado y que representa un 76.4% del total de inmigrantes recibidos de 1819 a esa fecha:

Italianos	292 825
Portugueses	274 712
Alemanes	71 237
Españoles	25 237
Rusos	9 713
Franceses	9 421
Suizos	7 798

A partir de 1888, se acentúa el crecimiento de las corrientes inmigratorias, con la característica principal de su diversificación. Desaparecido el trabajo esclavo, el ambiente brasileño se vuelve atractivo para el trabajador libre; y éste es, especialmente, el inmigrante. Son inmigrantes italianos, alemanes, portugueses, polacos, sirios, libaneses, rusos, españoles, suizos, los que se van esparciendo por Brasil y, más exactamente, por su región meridional. En 1908, se inicia una nueva corriente inmigratoria formada por los japoneses. Cincuenta años después, la inmigración japonesa se había convertido en una de las más importantes en el país, situándose, de acuerdo con los resultados censales de 1950, en cuarto lugar. Después de la guerra, surge una nueva corriente, que es la holandesa, venida especialmente para colonias fundadas entonces en São Paulo y en Río Grande do Sul.

De acuerdo con los resultados del censo de 1950, la población extranjera en Brasil sumaba 1 214 184 personas, distribuyéndose las mismas como sigue de acuerdo con las principales nacionalidades:

Nacionalidades	*Extranjeros censados*	*Porcientos*
Portugueses	336 856	27.7
Italianos	242 337	20.1
Españoles	131 608	10.8
Japoneses	129 192	10.6
Alemanes y austriacos	83 227	6.9
Polacos	48 806	4.0
Sirios y libaneses	44 778	3.7
Otras	197 371	16.2

En esta forma, a partir del siglo XIX, Brasil se convirtió en un campo de amplia experiencia en las relaciones de raza y cultura; experiencia que viene testimoniando la posibilidad de que se mantengan diferentes grupos étnicos, portadores de grados variados de cultura, en un contacto armonioso, cuyos resultados sólo han sido fecundos para el desenvolvimiento de la cultura brasileña. Ya haya sido constituyendo colonias en áreas rurales, como sucedió en Río Grande do Sul, en Paraná o en Santa Catarina; ya haya sido entrando en contacto inmediato con los nacionales en las haciendas de café o en los ambientes urbanos, como se realizó en São Paulo, y en las capitales —Río de Janeiro, São Paulo, Curitiba, Pôrto Alegre, por ejemplo— el inmigrante —tanto el italiano como el alemán, el polaco, el ruso, el libanés, el sirio, así como, más modernamente, el japonés— se constituye en un foco irradiador de cultura, y, también, en un participante en la mestización brasileña.

Se volvería monótono este cuadro de relaciones entre grupos diferentes y no sólo de lo más variado sino también de lo más diverso en cuanto a su extensión y localización, a no ser por las variaciones regionales, resultantes: aquí, del predominio absoluto del portugués; allá, de la adaptación de los valores indígenas; acullá, de la aceptación de elementos africanos. Con el inmigrante son nuevas las influencias que surgen, y con ellas se van esparciendo nuevos valores culturales y se van yuxtaponiendo influencias. Sobre todo, en el Sur, hacia donde se dirigen más acentuadamente las preferencias de la corriente inmigratoria. De ahí la aparición de diferenciaciones más sensibles dentro de esa variedad regional, que se manifiesta, en el sur, por el enriquecimiento del panorama cultural de elementos oriundos de grupos europeos, pero no portugueses, como los alemanes, los italianos, los polacos y, más tarde, de los no europeos, como los libaneses, los sirios y los japoneses.

Cambió, así, el cuadro cultural brasileño —o, mejor dicho, luso-brasileño, si se considera la base originalmente lusitana que predominó en su formación, influida por valores de otros orígenes, no exclusiva-

mente portugueses. De ahí la incorporación a nuestra cultura de elementos oriundos de esas fuentes: de fuentes italianas o alemanas y, más modernamente, de fuentes polacas o japonesas; y también de fuentes sirias, libanesas o turco-árabes en general, y no sólo europeas de varias nacionalidades. Lo que contribuyó, frente a esas influencias diferentes, para el proceso de pluralismo étnico y cultural que presenta el Brasil moderno. Lo cual es un resultado, ante todo, del espíritu con que se formó el brasileño: tal como su antepasado portugués, el brasileño se mostró capaz de adquirir valores nuevos, de infiltrarse en otros medios, de transculturar sus elementos culturales.

Es cierto que ese cuadro se realizó preponderantemente en el Sur, pues el Norte fue menos sensible a las corrientes alienígenas. La inmigración se dirigió preferencialmente hacia el Sur; el Norte no sintió la influencia de esas corrientes. Por el contrario, vivió ajeno a la inmigración y, por ello mismo, la influencia no portuguesa en su formación, se hizo esporádica, o rara, o insuficiente, para modificar el marco cultural de su origen. Sólo en nuestros días, y aún así, parcialmente, se ha hecho sentir alguna influencia cultural japonesa, a través de colonias en que los nipones plantan verduras y legumbres, creando en el noresteño el interés o el hábito por el consumo de esos elementos. Esto sin olvidar la gran influencia francesa en el siglo XIX; influencia intelectual o literaria, pero que se tradujo también en la aparición de restaurantes, de modistas, de peluqueros, de profesores de música, de técnicos, y no sólo de profesores de lengua francesa.

En el sur, en cambio, la influencia alienígena se volvió directa con la presencia del inmigrante, quien dio otra dimensión cultural a esa región brasileña. Fue justamente ahí, en el sur, donde se formó el ambiente en el que los elementos culturales traídos por los grupos inmigrados se difundieron, mezclándose o interculturándose con los de origen luso-indio-negro, para dar como resultado el panorama con que hoy nos encontramos.

Así fue posible que se formase un sistema de coexistencia de diferentes valores culturales, de los que la región Sur se convirtió en elemento básico y, por ello mismo, irradiador. No le faltó, para asegurar esa coexistencia, en gran parte pacífica, un cierto equilibrio en el sistema de experiencia que representó ese contacto de grupos portadores de diferentes culturas, y no sólo de diferentes niveles culturales. Tal como señaló Gilberto Freyre, el pluralismo implica una cierta forma de equilibrio entre los elementos de seguridad y los elementos de inseguridad en cada cultura, que coexiste con otra, con otras dos, o con otras varias culturas.

En esta forma, el ambiente brasileño creó esta diversidad tanto en cuanto al aspecto físico de sus integrantes humanos, como en cuanto a las características culturales de sus paisajes ambientales. Rasgos propios de cada región representan, en el hombre, el origen físico, y proporcionan, en cuanto al ambiente, datos sobre la cultura que predominó en el choque étnico realizado. Esto hace que tengamos brasileños morenos, oscuros, rubios, altos, bajos; unos con ojos almendrados; otros con la tez oscura; otros aún con cabello claro. Son brasileños que vienen de diferentes orígenes que contribuyeron a nuestra formación social. Neo-brasileños, hijos de inmigrantes que vinieron: unos, en épocas remotísimas, de Asia; otros, en épocas más próximas, del Portugal europeo o insular y de Africa; otros aún, que en tiempos más recientes, llegaron de otras partes de Europa y también del Asia contemporánea.

De ahí el paisaje cultural que ofrece el Brasil de hoy; muchas veces con quiebra del clásico patrón de origen portugués, que se consideraría —o que se considera generalmente— como el del Brasil considerado como más brasileño. Como brasileño debe considerarse, sin embargo, no sólo éste, sino el Brasil marcado por rasgos alemanes, italianos, polacos, japoneses o de otras étnias, pues el ambiente creado por éstas ya es un resultado del proceso de transculturación que se realizó en este período de contactos y de relaciones de lo más variado y diferente. Los neo-brasileños de ojos azules, cabellos claros, ojos almendrados, son, todos, brasileños, hoy en día, como lo son los neo-brasileños hijos de portugueses, o de negros africanos, o de indios americanos, surgidos de los contactos raciales desde el siglo XVI, y que nos dieron al mulato, al mameluco, al *curiboca*.

Tal vez parezca extraña la expresión "neo-brasileño". Me acuerdo que Nimuendaju la usaba para clasificar a la población brasileña no aborigen, sobre todo la descendiente de quienes intervinieron en diversos cruzamientos étnicos; y reservaba la expresión "brasileños" para los indígenas. Aunque no acepte rigurosamente esta delimitación, que podría discutirse, no hay que negar, sin embargo, que los neo-brasileños pueden ser considerados producto de esas diferentes relaciones de los grupos étnicos que formaron —y están formando— las poblaciones brasileñas. Pues tan pueden ser neo-brasileños los descendientes de portugueses, como los mestizos —mamelucos, mulatos, caborés, cabras— y los descendientes de los cruzamientos entre los grupos recién inmigrados.

En realidad, todo el proceso de formación de Brasil es el resultado del encuentro de corrientes migratorias diversas; al principio, la inmigración portuguesa, tanto la metropolitana, de Europa, como la insular

—de las Azores, de Madeira, de Caboverde— después, la inmigración africana; en seguida, a partir del siglo XIX, la inmigración de los grupos europeos y asiáticos. Y podemos decir que del encuentro de esas corrientes de variada naturaleza, tanto física como cultural, nació Brasil; de ellas se constituyó lo que llamamos "el pueblo brasileño", con toda la variada gama de colorido de la piel; de ellas se está formando la cultura brasileña, con sus peculiaridades, con sus características propias, con sus marcas que la individualizan en relación con la cultura de los grupos que han contribuido a formarla.

De ese encuentro procede también la formación de Brasil, como un proceso de creatividad cultural; fue esto lo que se realizó entre nosotros, dentro del cuadro de las transculturación en general: el surgimiento de rasgos nuevos, de valores resultantes de la interpenetración o de la transformación de elementos entre los grupos humanos que participaron en nuestra formación. Ni exclusivamente africano o vatapá, ni exclusivamente italiano es el culto de *Nossa Senhora de Caravagio,* introducido en las zonas de colonización italiana; no es ya puramente alemán o *chucrute,* ni el espíritu asociativo que creó sociedades danzantes, como no son ya japoneses ciertos elementos arquitectónicos introducidos por los inmigrantes nipones. En el ambiente brasileño, la creatividad cultural resultó de las relaciones establecidas; del proceso transculturativo realizado.

El hecho es que, incluso en el contexto cultural de los inmigrantes europeos, sedimentado de un modo general, y consolidado durante siglos y siglos, la infiltración de la influencia brasileña —o, por lo menos, abrasileñada, hizo que se incluyesen valores nuevos, típicos del ambiente y no exclusivamente de tal o cual grupo. Lo que fue introducido por los inmigrantes se adaptó al ambiente. Y si el alemán incluyó la *varanda* en su complejo arquitectónico, también la transculturación reformuló el futbol introducido por el inglés; y lo reformó no sólo abrasileñándolo, y no sólo aportuguesando las palabras, sino haciéndolo juego característicamente nacional, a través de una técnica deportiva que se ha transformado en verdadero arte. Arte que es casi un baile.

Además, existe un estudio por hacer: el de las influencias culturales en el futbol brasileño. Hágase resaltar, en primer lugar, que el futbol puede presentarse como un auténtico proceso transculturativo, en el que los indígenas intervinieron con la sugestión del uso del hule en la pelota, los ingleses con la idea del juego y los brasileños de hoy con la técnica para jugarlo. Técnica en la que se destacan fisonomías, rasgos físicos de origen indígena o negro, o italiano, o alemán. Destáquese tam-

bién la transformación social que representa el futbol: introducido aristocráticamente por los ingleses, caballeros, directores o gerentes de bancos, de empresas o de firmas británicas, se transformó en un deporte realizado democráticamente por mestizos de variado origen.

A esta amalgama cultural ha correspondido, indudablemente, la amalgama física; la miscegenación hace del brasileño de varias regiones un tipo característico. La mezcla racial acompaña a la asimilación cultural aunque también —como subraya el profesor Crowley— una puede realizarse sin la otra. Si en el contexto cultural surgen valores nuevos, se reinterpretan algunos rasgos, se modifican instituciones, el hecho es que también en el contexto físico, vemos surgir neo-brasileños de variados matices que no dejan de ser brasileños por todo ello. Son paisajes diferentes dentro de un cuadro único, dentro de un mismo molde. La diversidad, tanto cultural como física, dentro de la unidad brasileña. Unidad que, sin prejuicio de los elementos fundamentales, se marca sobre todo psicológicamente.